

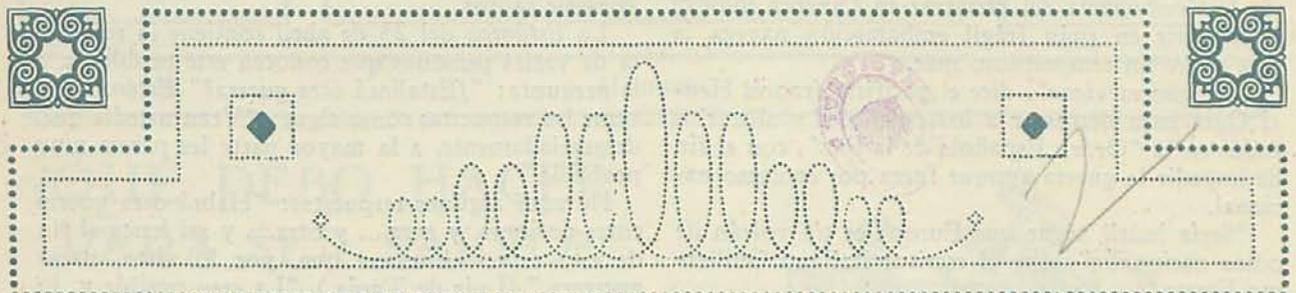
2
2143

1432

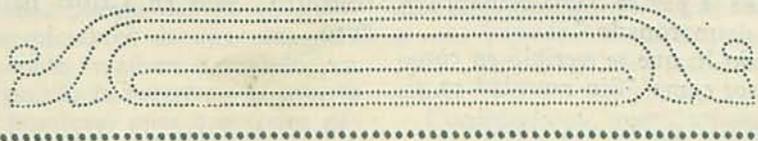
105

K
1041

Las Señales de los Tiempos



La naturaleza revela el poder de Dios y en todas partes se reconoce la mano del gran Arquitecto del Universo. Véase el artículo sobre este asunto



Precio: 30 céntimos.

PAZ Y GUERRA

Lo que dicen estadistas, sabios, escritores, etc.

Este asunto sigue siendo de gran actualidad. La situación en el lejano Oriente y los vanos trabajos de la Conferencia del Desarme en Ginebra indican claramente en cuán frágil embarcación navega la Paz sobre un tempestuoso mar.

"La guerra viene", dice el pacifista francés Henri Oger para despertar a los españoles y alistarlos todos en la "Orden Española de la Paz", con el fin de impedir la guerra aunque fuera por egoísmo nacional.

"Sería inútil negar que Europa es un volcán de odios nacionales", dice el escritor italiano Guillermo Ferrero.

Refiriéndose a la situación en el lejano Oriente, el astuto político inglés Lloyd George escribió hace poco: "La causa del desarme ha recibido una puñalada." Y señala la poca eficacia de la Sociedad de Naciones en este conflicto en las siguientes palabras: "Hay un gran cacareo en el corral de Ginebra, pero no se pone ningún huevo fecundo."

Cuando se piensa en los millones de votos que, en la elección presidencial de Alemania, obtuvo el belicoso Hitler, no es posible permanecer indiferente ante lo que esto significa. Creíamos tal vez que después de la última guerra no habría ya nunca más el deseo de otra guerra. Y sin embargo, estos millones de votos en favor de Hitler dicen claramente que a muchos no les repugna la idea de una nueva guerra. Erich M. Remarque, el autor de "Sin novedad en el frente", queda como atontado ante tal situación, porque ve que mientras en él hay "la blasfemia de la guerra", en otros hay "la adoración por la guerra". Recuerda el caso de un combatiente que escribió: "Cuando leí la orden de movilización me arrodillé, y con el corazón desbordante di gracias al cielo por haberme permitido vivir en tal momento."

Por triste que sea, hay que reconocer que hoy hay todavía muchos que se postran delante del dios de la guerra, y que no se puede esperar que reine la paz en el mundo. Porque es cierto lo que escribió *El Debate*, de Madrid, del día 13 de abril de este año:

"Los últimos tiempos son en casi todos los órdenes de las relaciones internacionales una cadena de desengaños. Se ha demostrado hasta la saciedad que casi todas las bellas palabras sobre las que se edificó al terminar la guerra estaban vacías de sentido. Era un rótulo nada más. De ahí la exacerbación de los nacionalismos, no solamente entre los derrotados, sino entre los vencedores. De pueblo a pueblo sólo se transmiten ahora palabras de acritud. Todo el edificio de la paz se había construido sobre arena. Y se ha desmoronado."

Es así a pesar de todo lo que se escribió en contra de la guerra en libros como "Sin novedad en el

frente" y "La próxima guerra" y otros. Libros como éstos no desarmarán a los espíritus, porque el espíritu humano es naturalmente malo, belicoso. El escritor francés Louis Latzarus escribía hace poco:

"No, yo no soy de los que piensan que no habrá más guerra; sé que los hombres no son buenos, que no lo han sido nunca, y que de repente no pueden volverse santos."

La *Estampa* del 23 de abril contiene la respuesta de varias personas que conocen este problema, a la pregunta: "¿Estallará otra guerra?" *Estampa* resume las respuestas como sigue: "Vean ustedes que, desgraciadamente, a la mayor parte les parece muy probable."

He aquí algunas respuestas: "Habrá otra guerra entre naciones, y otra..., y otra..., y así hasta el fin de esta especie humana que, por lo visto, nació guerrera." (Luis de Tapia.) "La creo posible y, lo que es peor, inevitable." (Victoria Kent.) "En cuanto a guerra, todo lo creo posible. Siempre es posible una nueva guerra, pero ahora más que nunca. Esta es la opinión de un pacifista." (Luis Bello.) "¿Posible? Probable. Y, como Dios no lo remedie, próxima. No es la hora de la espada; pero es la hora de los aviones y de la química. No es la hora del imperialismo, es la hora del financierismo." (Cristóbal de Castro.)

Es natural que se piense así. "Francia e Italia se miran de reojo. El Japón y China pelean. Los Estados Unidos e Inglaterra se vigilan. El Japón y los Estados Unidos se odian. Alemania y Francia disputan. Rusia hostiga a Polonia. Polonia y Alemania se querellan". (*Estampa*, 23 abril 1932.)

La raíz del problema está en el hecho de que el espíritu de guerra está en el corazón humano. Es menester "desarmar las conciencias", como dijo Paul Painlevé, el político francés, para que haya paz. También el sabio Einstein escribió: "Yo pretendo que el desarme moral debe preceder al desarme material."

Este desarme moral puede realizarse únicamente por el evangelio de Jesucristo. Si queremos que el amor reine en nuestros corazones en vez del odio y del egoísmo, necesitamos el auxilio de la gracia de Dios, que es capaz de cambiar nuestras vidas y de hacer que seamos todos hermanos. "Para el amor no hay distinción de razas, ni de pueblos, ni de individuos", dijo recientemente Max en *Las Noticias*, de Barcelona.

Desgraciadamente, los hombres no quieren ser guiados por estos principios del evangelio. Por eso, ya predijeron las Sagradas Escrituras que "guerras y rumores de guerra" caracterizarían los tiempos del fin, y que el mundo acabaría en sangre, en una magna lucha universal. Se está acercando dicho conflicto. Sólo en Cristo hallaremos refugio seguro.

R. G.

Redactor:
R. GERBER
Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 34155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS

	Ptas.
Número suelto . . .	0,30
Suscripción anual en España . . .	3,50
En el extranjero . . .	4 oro

Año 1932

MADRID

NÚM. 5.

¿QUÉ DEBO HACER PARA SER SALVO?

Por Gualterio P. McLennan.

Muchas han sido y son las preguntas que confrontan a la familia humana, pero la que ahora nos hacemos es la de más trascendente importancia. Esta pregunta que dirigió al apóstol Pablo el carcelero de Filipos, debería hacérsela todo ser humano, y ninguno debería quedar satisfecho hasta comprender la contestación experimental y teóricamente.

No sólo enseñan las Escrituras "que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3 : 23), sino que la experiencia humana da testimonio de ello. Cuán a menudo he preguntado en una congregación: "Si hay alguno aquí presente que nunca haya pensado, dicho o hecho nada malo, ¿quiere ponerse en pie, por favor?" Y todavía no he visto ninguno levantarse. Si hubiese algún individuo bastante engañado por el pecado que se levantara al oír tal proposición, debería tener bastante sentido para saber que nadie le creería. Todos sabemos muy bien que la declaración de las Sagradas Escrituras es absolutamente veraz. Pueden haber grados de culpa, pero nadie está libre de ella.

MISERICORDIA Y JUSTICIA

Un evangelista impresionó una vez a su auditorio de un modo notable sobre la necesidad de la salvación. Hizo imprimir unas tarjetas en uno de cuyos lados había hecho imprimir la pregunta: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Y en el otro: ¿Qué debo hacer para ser perdido? La primera pregunta la contestaba con varios textos bíblicos. La contestación a la otra era "Nada" escrito en grandes letras. ¡Cuán cierto es que para ser perdido no es necesario hacer nada, porque tal es ya nuestra condición! Somos miembros de una raza perdida. "Así como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron." (Rom. 5 : 12.) Adán hizo de nosotros



Se discuten muchas cosas, pero el problema más importante es el de la salvación.

una raza de pecadores, de moribundos, de seres sin hogar.

Cómo podía Dios salvar al pecador y a la vez mantener la justicia, era un problema que sólo la mente de un Dios Infinito podía resolver. En la jurisprudencia no existe principio alguno conocido por el cual pueda hacerse misericordia al culpable, excepto a expensas de la justicia. Pero a Dios gracias él halló un plan que hace posible la salvación del hombre y a la vez mantiene la justicia de Dios. "¡Oh profundidad de las riquezas y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Rom. 11 : 33.)

Si leo mi Biblia correctamente encuentro que el asunto de la salvación se presenta en tres tiempos: En 2.^a Timoteo 1 : 9 leemos: "Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, mas según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos." Este texto se refiere a la salvación como a una experiencia pasada. En Filipenses 2 : 12 leemos: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor." Este texto se refiere a ella como a un proceso presente. En Romanos 13 : 11 leemos: "Ahora nos está más cerca nuestra salud que cuando creímos." Aquí se nos presenta como un asunto futuro. Vemos, pues, que la palabra salvación tiene mucho alcance.

Consideremos, pues, la primera parte de nuestro asunto, salvación de la penalidad o culpa del pe-

cado. A este aspecto de la salvación se le llama justificación. Justificación es un término legal y es opuesto a condenación. Hemos leído ya la imputación que todos hemos pecado y estamos destituídos de la gloria de Dios (Rom. 3 : 23). "El pecado, se nos dice en 1.^a Juan 3 : 4, es transgresión de la ley." En estas pocas palabras tenemos la más exacta, concisa y mordaz definición del pecado.

EL PECADO Y SU PENALIDAD

¿Qué penalidad ha impuesto Dios para la violación de su ley? La contestación es muy definida: "La paga del pecado es muerte." (Rom. 6 : 23.) Una ley sin penalidad no tendría más valor que un buen consejo. Blackstone dice: "Una ley sin penalidad es nugatoria."

La razón porque Dios ha impuesto paga o penalidad tan severa a la violación de su ley, es porque el pecado incapacita a la persona para vivir. Si Dios permitiese a los pecadores vivir eternamente, esto implicaría que habría inmortalizado lo que él tanto pretende aborrecer. Dios tiene dos medios por los cuales él puede hacer desaparecer el pecado: el uno es la salvación, el otro la aniquilación. El se complace en el primer medio, pero no en el segundo, pues leemos en Ezequiel 33 : 11: "Vivo yo, dice el Señor Jehová que no quiero la muerte del impío."

Si en un tribunal terrenal se acusa a alguien de ofensa capital, ¿existe medio alguno por el cual el acusado pueda justificarse? Ciertamente. Hay dos medios. El uno consiste en probar que no cometió aquello de que se le acusa, y el otro en probar que tenía derecho de hacerlo.

Si pudiéramos probar que no hemos pecado o que teníamos el derecho de pecar, podríamos justificarnos, pero, ¿quién de nosotros se atrevería a lo uno o a lo otro? En un tribunal terrenal, al que es culpable de ofensa capital y se le sentencia a la

pena de muerte, sólo le queda una esperanza, y ésta es el perdón. Lo propio sucede con el pecador. No hay absolutamente nada que podamos hacer para justificarnos, más que arrepentirnos para con Dios y tener fe en nuestro Señor Jesucristo. (Hechos 20 : 21.)

Lo primero que dice Pablo en Romanos, después de probar que todos somos pecadores ante Dios, es: "Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él." (Romanos 3 : 20.) "Porque" quiere decir por ser el hombre culpable, no puede justificarse por las obras de la ley. La única persona a quien la ley pueda justificar es una persona inocente. Si el hombre nunca la hubiese violado, la ley le hubiese justificado. No hubiese podido ser de otro modo. Esto es lo que pensaba Pablo cuando escribió en Romanos 2 : 13: "Los hacedores de la ley serán justificados." Pero probó que no los hay ni entre los Judíos, ni entre los Gentiles. (Romanos 3 : 9.) "Porque por las obras de la ley, ninguna carne se justificará delante de él." (Romanos 3 : 20.)

Una vez que el hombre hubo pecado, le era imposible justificarse, aunque más tarde viviese en perfecta obediencia. Si pago una factura de comestibles comprados hoy, esto no elimina deuda alguna de comestibles contraída en lo pasado. El que mató el año pasado, no puede justificarse por no haber matado este año. Los Judíos acariciaban la errónea idea de la justificación propia, y Pablo se refirió a ello cuando dijo: "Mas Israel, que seguía la ley de la justicia, no ha llegado a la ley de la justicia. ¿Por qué? Porque la seguían no por fe, mas como por las obras de la ley." (Romanos 9 : 31, 32.) Creían que sus buenas obras tenían algún valor para justificarse, sino todo.

LAS BUENAS OBRAS DE NADA SIRVEN

Este error está a la base de toda falsa religión. Sir Monier Williams, profesor de sánscrito en la Universidad de Oxford, dijo: "He dedicado cuarenta y dos años de mi vida al estudio de los libros considerados sagrados por los pueblos orientales, y he hallado que el principio fundamental de todos ellos es la salvación por las obras. Están ciertos que la salvación ha de ser comprada, y que el medio de comprarla ha de ser las buenas obras y los méritos del individuo."

No podemos ser justificados por peregrinaciones penosas, ayunos, observancia del día del Señor, o por dar de comer al hambriento, ni por ninguna otra buena obra que hagamos. Un misionero habló de un hombre que encontró en el tren, el cual rezaba el rosario. Era miembro de la mayor iglesia que profesa ser cristiana. Dijo el misionero: "Me senté a su lado y le pregunté algo acerca de Dios. Le leí Juan 3 : 16. Después de leerlo le pregunté si él había nacido de nuevo. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Hablamos un poco los dos. El hombre tenía sesenta y cinco años y vivía a ochenta kilómetros de los Estados Unidos, pero nunca había visto una Biblia. Le



No hay salvación más que en Cristo. «Y en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.»

Hechos 4 : 12.

regalé una. Entonces se quitó los zapatos y me enseñó pedacitos de vidrio. Anduvo sobre vidrio durante una semana, con el fin de obtener el favor del cielo. Luego se levantó la manga y me enseñó las señales hechas por unos azotes con puntas de metal, con los cuales se había azotado hasta tener 137 marcas en el cuerpo." ¡Cuán lejos está este método de la clara y sencilla enseñanza de la justificación por la fe!

El apóstol dice claramente en Gálatas 3 : 10, que todo aquel que procura salvarse por medio de obras buenas, está perdido. "Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo de maldición."

No las buenas obras, sino solamente la preciosa sangre de Cristo puede ofrecer justificación por la ley violada, por la sencilla razón que la paga del pecado no es las buenas obras, sino la muerte. Y, aunque es cierto que el hombre puede pagar la penalidad sufriendo la sentencia de muerte, lo es también que no puede volverse a la vida, y así, ¿de qué le serviría? Además, si él tuviese el poder de restaurarse a la vida, sería el mismo pecador que antes.

"LA SALVACIÓN ES DEL SEÑOR"

"Bueno", dirá alguien; si todo lo que se necesita para justificarse es la muerte, ¿por qué no puede un hombre, por el sacrificio de su vida, salvar a otro, o por qué no bastaría la muerte de un ángel que no ha pecado?" Si todo lo que se necesitase fuese la muerte, ninguna de las dos cosas sería suficiente. Ningún miembro de la familia humana puede hacer expiación por otro, porque todos están en el mismo estado de pecado. El que debe todo lo que tiene, no puede pagar las deudas de otro con sus posesiones. Por esto dijo el Salmista: "Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate." (Salm. 49 : 7.) Y, podemos añadir, que si un hombre pudiese morir por otro, el sacrificio sería como nada comparado con la muerte de Cristo; el hombre sólo escogería entre morir entonces o morir más tarde. Pero de parte de Cristo no era sólo escoger entre morir entonces o morir más tarde, sino que era escoger entre morir y no morir. El no tenía que morir. El se ofreció voluntariamente por nosotros. (Gal. 1 : 4.)

Un ángel sin pecado no podía dar aquello a lo cual él no tenía derecho, y si hubiese podido, su vida no hubiese sido suficiente para la vida de cuantos necesitaban la salvación. Se necesitaba a alguien cuya vida fuera igual a la vida de todos los que necesitaban salvación. Además, se necesitaba a alguien que tuviese poder creador, porque se tenía que hacer una obra por el hombre y en el hombre. Pablo lo puso en sencillas palabras diciendo: "En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados. Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fué criado por él y para él." (Colosenses 1 : 14-16.)

Sólo a un Ser pueden aplicarse estos rasgos y ra-

zones, y es el Señor Jesucristo. Somos reconciliados por su muerte, y salvos por su vida. (Rom. 5 : 10.) Verdaderamente, Dios ha "encargado el socorro a Uno que es Poderoso". (Salm. 89 : 19 V. M.) El es el Salvador (Mat. 1 : 21). Es el Salvador exclusivo (Hechos 4 : 12). Es el Salvador Todo-suficiente (Hebreos 7 : 25).

Si el hombre hubiese podido ser justificado de otro modo cualquiera fuera de la muerte de Cristo y la imputación de su justicia (1.^a Ped. 2 : 24, Rom. 3 : 25; 4 : 5; 9 : 30), podemos tener la seguridad que aquel grito de dolor tres veces pronunciado, "Padre, si es posible pasa de mí este vaso", no habría quedado sin respuesta.

"El Calvario dice más claramente que otra cosa: "La salvación es del Señor." Es imposible que la justicia propia florezca en las vertientes del Calvario."

"Cuando Cristo murió en la cruz, el sol se escondió tras una nube y no dió su luz; la tierra se bamboleó como un borracho, al volar en el espacio, mientras que los ángeles, en vuelo rápido, como la luz del día, volvieron al trono del Padre, gritando: Expiación."

Este plan sostiene los fundamentos del trono de Dios, pues leemos en Salmo 97 : 2: "Justicia y juicio son el asiento de su trono." Es ciertamente un plan admirable, y admirablemente veraz.

¿Qué es, pues, la justificación por la fe? "Es la obra de Dios al postrar la gloria del hombre en el polvo y hacer por el hombre lo que él no puede hacer por sí mismo. Cuando el hombre ve su nulidad, está preparado para ser revestido de la justicia de Cristo."





EL ARQUITECTO DEL UNIVERSO

Por el profesor H. W. Clark

Vivimos en un mundo de vida. Desde el más ínfimo átomo que flota en un rayo de sol hasta el más poderoso habitante de los mares, toda la tierra vibra con las fuerzas que la vida pone en operación.

En el aire, en el agua, en la misma tierra, en cada rincón y grieta de nuestro globo abundan criaturas vivas y activas. Los antiguos creían que había abundante vida en las esferas, que además irradiaban música en su rotación. Nosotros hacemos distinción entre el mundo de seres vivos y el mundo inorgánico, pero en el reino de la física y la química encontramos muchas evidencias que demandan la existencia de una vida superior, cuyo poder se manifiesta en la obra de sus manos.

La primera manifestación de la vida es la expresión de una idea. Contemplamos una hermosa pintura, y al percatarnos de la inspiración de su significado, decimos que comprendemos el pensamiento del artista. Este, como ser vivo, pensador, sensible, dió cuerpo a su idea en el fragmento de la tela. Su carácter se manifiesta en la obra que produce tan ciertamente como en las actividades de su mismo cuerpo. Así sucede con el escultor, que pone su propia alma en el mármol o en el bronce. Aun el fotógrafo que recoge en la película la belleza del paisaje, arregla la escena de manera tal que tenga para él un sentido. El músico, al pulsar su instrumento, derrama en la melodía la historia de su corazón; sus emociones son reveladas al mundo por la música. De mil maneras los pensamientos y los sentimientos del hombre están retratados en el arte, la música, la literatura y en las producciones materiales del esfuerzo humano.

LA MENTE DE DIOS EN LA NATURALEZA

En el mundo exterior el naturalista encuentra millares de ilustraciones de esta verdad, porque la naturaleza es como una gran lección objetiva creada por la mano e ideada por la mente del Infinito. Cada manifestación de la ley natural revela el carácter del gran legislador; cada aire de música natural habla de los latidos del corazón del gran Músico; cada pizca de belleza manifestada en una flor o en el firmamento demuestra la destreza del divino Artista; las altas montañas revelan la sabiduría del gran Arquitecto. El que puede contemplar la natu-

raleza y sólo ver en ella un ciego orden de cosas que obran por sí mismas, no llega a ver el sentido real de la naturaleza y de la ciencia. Para el profundo pensador las intrincadas leyes que rigen en el campo de la investigación científica revelan una mente maestra en su fundamento.

El obrero que en el laboratorio mira por el tubo del microscopio para medir lo infinitamente pequeño, encuentra allí perfección infinita. En la obra humana muchas cosas están hechas de suerte que a distancia parecen bien, pero se notan debilidades e imperfecciones al examinarlas de cerca. Pero, no importa cuán de cerca se examinen los seres infinitesimales, ya sea en el estado de átomos, de plantas o de animales, o aun en la estructura humana, no se encuentra más que perfección. No sólo perfección en apariencia, sino que la perfección absoluta en el arreglo matemático es la inmutable ley de la naturaleza. Las relaciones algebraicas y geométricas que existen entre los electrones que forman un átomo son tan exactas como las leyes que sostienen a los planetas en su recorrido.

UN DIOS DE LEY

Las leyes de la física y de la química recorren todo el campo de la ciencia. Los principios que están a la base de ciertos procesos en el tubo de ensayo, son los mismos cuando estos procesos se desarrollan en la célula viva. Así, el estudio de los animales y las plantas pone al estudiante en contacto con las más grandes leyes del universo, y además le muestra otras leyes que obran en la materia viva. Aunque las actividades de las sustancias inanimadas sean mayormente de naturaleza mecánica y revelan el poder director de una inteligencia más elevada, se observa a menudo que las fuerzas que se notan en la materia viva son el resultado de la acción mental del organismo mismo. Así, animales y seres humanos demuestran rasgos de carácter que están por encima de lo físico. El Hacedor del universo ha grabado en sus vidas ciertas fases de pensamiento y ciertas características mentales, y estudiando sus vidas encontramos nuevos e interesantes desarrollos del pensamiento. La zorra, por ejemplo, es la personificación de la astucia y sagacidad; al oso se le conoce como el mejor tipo de humorista. El león es notable por su fuerza y destreza; el ciervo es ligero,

gracioso y dócil, mientras que el pesado rinoceronte tiene los rasgos opuestos.

Entre los árboles del bosque encontramos expresiones de toda idea de belleza, desde los delicados tallos del abedul, hasta los recios troncos del roble. Las flores varían también en naturaleza. Las delicadas miosotas atraen por su pura belleza, mientras que el basto girasol, aunque bello también en su modo, agrada a nuestra naturaleza de manera distinta. Las aves despiertan en nosotros una serie de pensamientos distintos. Nos encanta la dulzura del gorjeo del tordo, y nos alegra el oír el recio clamor de los ánades, y el fuerte grito del grajo despierta en nosotros un sentimiento de libertad y júbilo. Todas estas variaciones manifestadas en la naturaleza, revelan el multilateral carácter de su Autor.

EL SITIO DE LO ESPIRITUAL

La ciencia moderna es criticadora, y por su actitud de demandar pruebas matemáticas y cuantitativas de todo, a menudo deja de alcanzar la comprensión del más profundo sentido escondido tras estas manifestaciones físicas. Pero los pueblos antiguos, aunque carecían del exacto conocimiento científico, a menudo veían bajo la superficie de las cosas, y su comprensión espiritual sobrepasaba la de los pueblos de nuestros tiempos de materialismo. Claro que, a veces, su teología era errónea, pero aun así estaban a menudo más cerca de la verdad que algunos de nuestros modernos teólogos, quienes, pueden tener razón en su lógica, pero estar equivocados en el conocimiento espiritual de las cosas. Desacreditamos el paganismo de los griegos, pero deberíamos reconocer por lo menos que tenían una relación con la naturaleza, de la cual carecemos muchos de nosotros.

La interpretación espiritual de la naturaleza se demuestra en su mayor brillo en los antiguos escritos de los hebreos. Los escritores de la Biblia no se entretuvieron en discutir sobre la existencia de Dios o su poder creador; considerando estas cosas como fuera de toda duda, pintan la grandeza de su poder y las maravillas de su cuidado para con sus criaturas. La vida de Dios manifestada en todo el vasto universo parece ser la trama central de los Salmos y de otros escritos bíblicos. El Salmista usa la naturaleza para alabar al Creador: no que el sol o la luna, o los árboles o animales puedan darle alabanza inteligentemente, sino que cada una de estas cosas creadas es una partícula de la obra de las manos de Dios, y, ya sean inteligentes en sí mismas o meras construcciones mecánicas, manifiestan la sabiduría de su Hacedor y así hablan en su honra.

LAS OBRAS DE DIOS

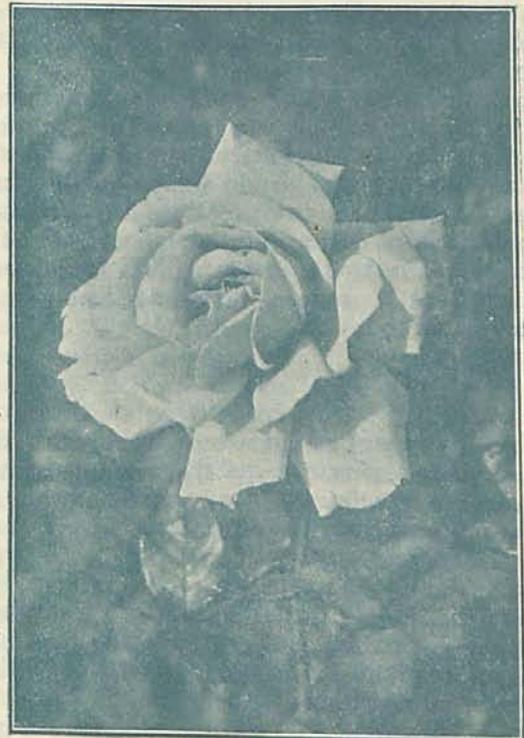
Probablemente en ningún sitio se halla descrita con más fuerza la grandeza de Dios y su poder como en el libro de Job. El mismo patriarca, después de hablar del poder de Dios manifestado en el cielo y en la tierra exclama: "He aquí estas son partes de

sus caminos: ¡mas cuán poco hemos oído de él! Porque el estruendo de sus fortalezas, ¿quién lo entenderá?" (Job 26:14.) Otra traducción dice: "¡Cuán leve es el susurro que hemos oído de él!" (V. M.) Job reconoció el principio que la fe en Dios es el fundamento de todo verdadero conocimiento, cuando dijo: "He aquí que el temor del Señor es la sabiduría." (Job 28:28.) Leed el capítulo entero y ved la fuerza de esta declaración.

El informe más importante de este principio se encuentra en los últimos capítulos de Job, en los que el mismo Dios dirige a Job una serie de preguntas. En prueba de su sabiduría Jehová cita una múltiple variedad de fenómenos naturales que no están al alcance de la comprensión humana. De todo campo de la ciencia natural saca ilustraciones de la grandeza de su sabiduría. Un breve recorrido de los capítulos XXXVIII a XLI revela problemas relacionados con la geología, la rotación de la tierra, las aguas del mar, los fenómenos atmosféricos, la astronomía, la fauna y las aves, y las criaturas del mar.

Los escritores de los diferentes Salmos se refieren continuamente al poder de Dios en la naturaleza. Notad declaraciones como estas: "Voz de Jehová." (Sal. 29); "por la palabra de Jehová" (Idem 33); "hiciste todas ellas con sabiduría" (Idem 104); "y las hizo para siempre por los siglos" (Idem 148).

Para la mente de los hebreos, toda base de interpretación era el poder de Dios. Que nosotros admitamos o no estas referencias como inspiradas divinamente, no altera en modo alguno este importante hecho. Los escritores bíblicos son los únicos entre todos los de su tiempo que reconocen a un Dios como Creador y Sostenedor del universo físico.



EL DESCANSO DOMINICAL OBLIGATORIO

Un atentado contra la libertad religiosa

Por Salvador M. Iserte

"Artículo 27. La libertad de conciencia y el derecho de profesar y practicar libremente cualquier religión quedan garantizados en el territorio español, salvo el respeto debido a las exigencias de la moral pública."—Constitución Española de 1931.

Ya en el artículo 2.º del Decreto del Gobierno Provisional de la República estableciendo la libertad de cultos se decía: "Nadie está obligado a tomar parte... en fiestas, ceremonias, prácticas y ejercicios religiosos."

Empezaremos afirmando algo que ha sido reconocido en todos los tiempos y en todas las comarcas; es, a saber, que el descanso *semanal* es absolutamente preciso. Y añadiremos inmediatamente que no hay que confundirle con el descanso *dominical*. En sus fundamentos son dos cosas muy distintas.

Hecha esta salvedad pasaremos a demostrar que el descanso dominical *obligatorio* es un atentado contra la libertad religiosa.

La libertad de conciencia es un derecho que todo hombre tiene por el solo hecho de ser hombre. Ahora bien, ¿es posible obligar a un ciudadano libre a que guarde una fiesta que él no reconoce ni reverencia y que está en contra de sus convicciones religiosas sin violentar su libertad de conciencia? No. Porque si hay algo que el hombre religioso anhela en este mundo sobre todo lo demás es la libertad de adorar a Dios según el dictado de su conciencia. ¡Dadme la libertad de conciencia o dadme la muerte!

¿Por qué, pues, obligar a un hombre a participar en fiestas religiosas que son contrarias a su ideología contradiciendo los artículos arriba citados? Y esto es lo que estamos viendo desde el establecimiento de la República: una rigurosidad cada vez mayor en obligar la observancia del domingo como fiesta de guardar, lo cual es ir en contra de la letra de aquellos artículos; porque el descanso dominical ante todo y sobre todo

ES UNA FIESTA RELIGIOSA

Somos los primeros en defender el descanso semanal, que es un derecho natural y un deber civil; pero al querer determinar qué día se ha de descansar nos encontramos con un problema netamente religioso, porque unas religiones ordenan el sábado, otras el domingo y otras el lunes.

La ley civil se dirige a regular la conducta civil en cada día de la semana: lo que es permitido en sábado lo es también en domingo, y lo que es inmoral en domingo lo es también en lunes. No hay vuelta de hoja. Por tanto, una ley dominical que ordena que unas cosas se hagan en domingo y otras



El domingo es una fiesta de la Iglesia, cuya observancia no puede imponer el Estado.

no, por el solo hecho de ser domingo, es claramente religiosa y no moral o civil, ya que para la ley civil todos los días son iguales. El domingo es una fiesta religiosa como el Corpus Christi o el día de la Ascensión, porque con él se quiere recordar la resurrección de Cristo. Pero no podemos dar una razón religiosa para el cumplimiento de la ley civil y no podemos pedir a las autoridades públicas que obliguen la disciplina de una iglesia.

Es el domingo una fiesta religiosa, porque no hay nada que le distinga, en el orden de la naturaleza o en el orden civil, de los demás días de la semana. El sol sale a su hora lo mismo, los ríos siguen su curso sin variar, el cuerpo humano no altera su funcionamiento y la gente siente la necesidad de comer como en los otros días. Nada lo distingue y, sin embargo, el Gobierno obliga a guardarlo. ¿Con qué razón? Sólo por la naturaleza religiosa del día.

Que el guardar el primer día de la semana es un acto religioso lo admite hasta un Antonio Zozaya, tan ajeno a cuestiones religiosas, al decir que se ha continuado el descanso dominical en la República, "rindiendo culto a la tradición" y "por miedo a contrariar preceptos religiosos... que no siempre lo fueron, como podría fácilmente demostrarse. Para Jesucristo mismo la fiesta semanal no era la del domingo, sino la del sábado". (*La Libertad*, 4 de noviembre 1931.) El domingo, pues, es una fiesta religiosa y, por tanto,

NO SE DEBE OBLIGAR

Si el Estado obliga a guardar el día santo de una religión, favorece a esa religión, perjudicando a las que tienen otro día de descanso. Así se mantiene bajo el yugo de una iglesia. Pero todos los que amamos la libertad queremos que la Iglesia esté completamente separada del Estado. No es una función del Gobierno ni del dominio de la legislación determinar qué religión es verdadera o falsa, o qué

día es el verdadero de guardar. Toda persona tiene el derecho de escoger su propia religión y de seguirla libremente, como dice la Constitución, y, por tanto, de escoger su día de descanso y de guardarlo.

Era comprensible que en los tiempos de la monarquía se obligase la observancia del domingo, porque en el artículo 11 de su Constitución se decía: "La religión católica apostólica romana es la del Estado." Siendo el domingo una institución católica, no era extraño que la iglesia romana, dominando sobre el Estado, obligase a éste a guardarlo.

Pero hoy día no hay nadie que pueda dar una razón no religiosa para obligar el descanso dominical. "En verdad, dice Zozaya, no hay razón alguna para que un día a la semana se paralice la vida de una ciudad y se haga incómoda, cara y enfadosa la utilización de todo servicio, cuando no completamente imposible, como si ese día no hubiera quien necesitase ninguno". ¡Qué contraste entre esta gran verdad y el hecho de que el Gobierno ha hecho más severo el descanso dominical que la misma monarquía bajo la iglesia católica! En este fuerte contraste no podemos ver más que dos explicaciones: primera, una paradoja incomprensible; segunda, los tentáculos del papismo introduciéndose solapadamente en la misma dirección del Estado español—sean los gobernantes conscientes o no de ello—. Este es el dilema. No hay otra salida.

Si es lo primero, habrá que subsanarlo cambiando la legislación dominical religiosa por leyes civiles justas y sabias de descanso semanal.

Pero lo más probable es que sea lo segundo, que costará más de cambiar. Y, en realidad, no sería muy extraño que después de tantos siglos de mando de la iglesia católica sobre el Estado, no se haya hecho en un año de República la separación completa de ambos poderes. Porque "la Iglesia española, como dijo D. Alvaro de Albornoz, ha sido políticamente una iglesia de dominación: la Iglesia española ha tenido sojuzgado al Poder civil; los reyes y los grandes de España besaban humildemente, no ya la sandalia del papa, sino la sobrepelelliz de un clérigo; la Iglesia ha ejercido un poder omnímodo en nuestro país, en la vida civil, en la vida social, en la vida económica, en la educación pública". (Discurso ante el Parlamento, 10 octubre 1931.)

Nosotros nos oponemos a toda legislación religiosa, porque tiende a unir la Iglesia y el Estado, es subversiva de los derechos humanos, de carácter perseguidor y opuesta a los verdaderos fines y mejores intereses del Estado y de la Iglesia. El Estado no debe nunca prescribir ni proscribir obligaciones o fiestas religiosas: "Iglesia libre en Estado soberano" (De Pressensé). El Estado no tiene derecho a violentar la conciencia, cosa que ni el mismo Dios hace. Las leyes opresoras para la conciencia son engendros del espíritu satánico: "Dieu fit la liberté, l'homme a fait l'esclavage." (André Chenier.) Dios hizo la libertad, el hombre ha hecho la esclavitud.

Queremos dar al César lo que es del César, pero no nos olvidemos de dar a Dios lo que es de Dios,

que es aún más importante. Y no es del César el enseñarnos qué día es el día santo de guardar, sino de Dios.

EL DERECHO DE LAS MINORÍAS

Los que protestan contra el descanso dominical obligatorio no son una minoría. "No hay sino oír, dice Zozaya, a obreros y artesanos de todas clases para convencerse de la justicia de sus lamentaciones acerca del encarecimiento en domingo de todos los espectáculos", y si oímos además a los Adventistas del Séptimo Día, a los israelitas, a los mahometanos y a los de otras creencias sean o no religiosas, nos convenceremos aún más que no son tan pocos los que no están satisfechos, ya sea por razones de utilidad o de conciencia, con la ley del descanso dominical obligatorio.

A pesar de ello, supongamos, por un momento, que no fuese más que una minoría, una "extremada minoría", según frase de Ortega y Gasset. Entonces preguntáramos con toda sinceridad si el valor de una proposición basada en los argumentos expuestos puede ser juzgado con justicia por las expresiones mayorías o minorías. Decía en el Congreso el ministro, señor Albornoz, aunque era refiriéndose a otro asunto: "No me importa el número, señores diputados; no es un problema de cantidad, es un problema de calidad." Como aquél es este problema. ¿No certifican los Códigos de Derecho que las naciones más adelantadas creen que uno de los propósitos del Gobierno es el de proteger las minorías contra el abuso de la mayoría en todos los asuntos, especialmente en los de conciencia?

"La falsa democracia, escribe J. Stuart Mill, es sólo representación de las mayorías; la verdadera es de todos los ciudadanos, incluso de las minorías." "Considerations on representative Government".

No; para los derechos del espíritu no hay mayorías ni minorías que valgan. No se debe obligar a las minorías no católicas a guardar el día sagrado de la mayoría católica.

Y aunque la minoría en asuntos de conciencia fuese constituida por un solo hombre, el derecho inalienable de ese ciudadano sería la plena libertad de adorar a Dios según el dictado de su conciencia y de guardar el día que creyese sagrado. Este es el principio fundamental de la libertad religiosa bien entendida. Y, precisamente, la mejor prueba de la verdadera libertad es—como decía Roosevelt—la manera en que son tratadas las minorías en la nación.

Nosotros, Adventistas del Séptimo Día, que constituimos, en cuanto a la cantidad, una "extremada minoría", creemos que el Sábado es el día de guardar. El Decálogo (Exodo 20) ordena su observancia y Cristo y sus apóstoles guardaron el Sábado y no el domingo. Desde la primera página del Génesis hasta la última del Apocalipsis, no hay un solo texto que ordene la santificación del primer día de la semana, domingo; mientras que hay centenares que enseñan de la manera más clara y evidente posible que hay que reposar el Séptimo día, Sábado.

Sin embargo, como somos partidarios de la absoluta separación de la Iglesia y del Estado, no queremos, aunque fuésemos una gran mayoría, que se obligue por la ley la observancia del Sábado. Nuestros principios básicos nos lo impiden completamente; no podemos dejar de ser lo que somos: un pueblo libre, libre de toda atadura política y de toda idea de religión por ley. Porque Cristo nunca hizo ninguna alianza con las autoridades civiles ni pidió que sus enseñanzas se incorporasen a la ley del país; y nosotros queremos seguir en sus pasos. Todos los elementos de fuerza introducidos en el orden religioso son contrarios al plan y a la enseñanza de Cristo.

¿A QUÉ EXTREMO SE LLEGARÍA?

Supongamos que somos, por un momento, enemigos de la libertad religiosa y que defendemos la legislación dominical. ¿A qué extremo llegaríamos?

Se cerrarían en domingos todos los establecimientos de bebidas, todos los estancos (aunque por mí, podrían permanecer ambos cerrados toda la semana) y todas las farmacias; dejarían de funcionar los trenes, tranvías, automóviles y el metropolitano; los espectáculos públicos no abrirían sus puertas porque los actores, camareros, etc., son también seres humanos; no andarían por las calles guardias ni policías, no habiendo seguridad personal; en Correos, Telégrafos y Teléfonos, donde el agente humano es indispensable, también prendería la huelga dominical; cerrarían las panaderías, fruterías, lecherías, comestibles, confiterías, pescaderías, mercados, quioscos, barberías, porterías, iglesias, clínicas, casas de socorro, fábricas de gas, electricidad, ¿por qué no?; las fondas, hoteles y similares no servirían a sus huéspedes; los sirvientes se irían de paseo todo el día; círculos y sociedades de recreo o instrucción ya no recibirían a sus socios en el gran *solis die*; los serenos no ejercerían su función social...

En fin, cada domingo sería como una huelga general, porque: o ser o no ser. Si la legislación dominical es justa, que se cumpla, que no haya desigualdad, porque son muchas las gentes que trabajan el domingo y que son tan de carne y hueso como los que descansan en dicho día. Y si aun con trabajar tantos el primer día de la semana la confusión y la paralización de la vida es tan perjudicial y desagradable, ¿qué sería si llegasen a su extremo las leyes dominicales como se están empezando a llevar en peluquerías, giros postales, comestibles, pescaderías, etcétera?

Hemos visto el aspecto desolador que presenta una ciudad en día de huelga general. Pues bien, si las leyes dominicales son consecuentes consigo mismas—imitando a Francisco I, que prohibió en domingo las diversiones, y a Felipe Augusto, que castigó la venta de artículos de primera necesidad en el primer día de la semana—, se llegará a hacer que cada domingo ofrezca el mismo aspecto triste y vacío de vida.

Todo el mundo ve, pues, que "en esto del descanso dominical hay inconvenientes palmarios que deberían ser evitados, y pudieran serlo fácilmente si no fuera por ese apego a la tradición que caracteriza a los espíritus rutinarios... Tarde o temprano tendrá que ser estudiado y resuelto de una manera justa y racional, para que las ciudades en día festivo no pierdan su pulso, como en una especie de catalepsia, y para que todos sus habitantes encuentren en ellas cuanto les sea preciso, sin entorpecimientos y sin los enfados e inconvenientes de todo género que acarrea la aglomeración de público en días y horas determinados".—Antonio Zozaya.

¿CUÁL ES EL REMEDIO?

Hablando *La Voz de Galicia* en contra del cierre dominical de los puestos de venta de pescado en Madrid, decretado por orden gubernamental, como voz de grandes intereses regionales decía: "Porque la vida no se suspende ese día, debe concedérsele (al personal) el descanso semanal por medio de turnos o estableciendo cualquier clase de compensaciones."

Esta es la solución: EL DESCANSO SEMANAL por medio de turnos. Que todos descansen un día. Que cada empleado y cada obrero sin excepción, repose un día a la semana. Este es un derecho de la naturaleza humana. El Estado debe vigilar su cumplimiento en fábricas, talleres, oficinas, comercios, etc., pero debe permitir escoger de antemano el día de reposo de cada uno. Así, además de gozar de libertad religiosa, no se paralizará la vida civilizada en ningún día de la semana, con el consiguiente desorden.

No puedo terminar sin citar unas claras palabras del Sr. Albornoz de su discurso antes aludido:

"La protesta ante este fanatismo (el fanatismo de los que todavía, en estos momentos, apelan a todos los medios coercitivos del Estado para imponer sus doctrinas), señores diputados, no es otro fanatismo: es la defensa de la conciencia individual o del sentido civil contra la violencia, o la asechanza, o la coacción dirigidas, en nombre de un Poder de Estado, a las ideas y a los sentimientos libres de los ciudadanos."

¿Permitirá, pues, la República española que la conciencia sea crucificada de nuevo en aras de una secta religiosa? ¿Permitirá que se ofrezca semejante homenaje a la unión, aunque secreta, de la Iglesia y del Estado? Al fin y al cabo nuestra República no fué fundada sobre la Iglesia, ni por la Iglesia, ni para la Iglesia. Nosotros, el pueblo, protestantes y católicos, judíos y gentiles, creyentes e incrédulos, hicimos un Gobierno para todos. No consintamos volver atrás ¡Vayamos siempre adelante! ¿Se dirá en años por venir que de la naciente República, engendrada por el multiseccular amor de libertad característico del pueblo español, salió una orden para toda España de llevar la persecución a las minorías religiosas? ¡No lo permita Dios, oh amada República!



ERUPCIONES VOLCÁNICAS EN SUDAMÉRICA

Ultimamente, varios pueblos de Sudamérica pasaron por días de grande angustia. Al mismo tiempo, se despertó peligrosamente la actividad de varios volcanes. Ocho de ellos empezaron a escupir toneladas de ceniza que, como siniestras nubes, cayeron sobre considerables extensiones en ambos lados de los Andes, sembrando el terror en ciudades y pueblos. Alarmanes noticias llegaban de allí, y se temía un cataclismo superando en magnitud los mayores registrados en la agitada historia de este mundo. Felizmente, los volcanes se calmaron algo y no causaron tanta destrucción y desolación como lo hizo el Vesubio, al sepultar Pompeya y Herculano.

De todos modos, estas erupciones que con tanta unanimidad azotaron a América del Sur, encierran importantes advertencias para nosotros. Añaden su testimonio al de tantas otras manifestaciones violentas de los elementos desencadenados en estos últimos tiempos, para decirnos que nos acercamos al fin de la historia de este mundo. Este globo se está envejeciendo. La Biblia lo predijo hace muchos siglos en las siguientes palabras:

"Tú (Dios) fundaste la tierra antiguamente, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, y tú permanecerás; y todos ellos como un vestido se envejecerán; y como una ropa de vestir los mudarás, y serán mudados." (Salmos 102:25, 26.) En Isaías 51:6 se anuncia lo mismo.

Vendrá un cambio, una mudanza. No tardará en llegar. Los terremotos, las erupciones volcánicas, los ciclones, las inundaciones, todo esto que sucede mucho más a menudo que antes, es el preludio del fin.

Es verdad que el fin del mundo será un día de terror para los pecadores impenitentes, pero será un día de gozo y de alegría para los creyentes, los discípulos de Cristo. Porque entonces vendrá Jesús en gloria y salvará a sus hijos. Tengamos fe en él, y nos dará la vida eterna.

LOS MENONITAS HUYEN DE RUSIA

Un grupo de 368 campesinos rusos acaban de trasladarse de Rusia a América del Sur. Huyeron

porque la intolerancia soviética no les permitía vivir en armonía con sus convicciones religiosas. Se ve que en Rusia no se conoce la libertad religiosa. Sin embargo, los menonitas son buenas gentes, pacíficas y honradas.

El fundador de los menonitas fué Menno Simons (1492-1559). Esta confesión religiosa existe por tanto desde varios siglos. Sigue las enseñanzas bíblicas en muchas de sus creencias. Rechaza el bautismo de los niños, aunque, al bautizar a los mayores, no lo hacen por inmersión.

"Discípulos de los bautistas del siglo XV y de origen alemán, fueron a Rusia en tiempos de Catalina II, y allí se instalaron, consagrándose exclusivamente a la agricultura. Su naturaleza pacífica y sus austeras costumbres les atrajeron la consideración de las autoridades. Uno de sus principios religiosos les impide el uso de las armas, y en todo tiempo quedaron dispensados del servicio militar. En el ejército ruso no sirvieron nunca sino como sanitarios."

Existen también grupos de menonitas en Suiza, teniendo allí las mismas austeras costumbres, y sirviendo también en el Cuerpo de Sanidad al hacer su servicio militar. Hay otras congregaciones en diversos países de Europa como Francia, Alemania y Polonia. Se establecieron también en los Estados Unidos de Norteamérica, y conocemos en el Estado de Indiana una congregación de menonitas de más de mil miembros.

Es lástima que gente que tiene principios tan rectos no haya podido vivir en armonía con sus convicciones en Rusia. Dios concede a todo hombre una plena libertad de creer o de no creer, de practicar o no practicar lo que cree. Los gobiernos de este mundo tienen todavía menos derecho de limitar la libertad del hombre en su vida religiosa.

Sin embargo, la historia de este mundo está llena de ejemplos de la intolerancia de los gobiernos. ¡Cuántas guerras provocó el despotismo religioso de las naciones! ¡Cuántas persecuciones se hicieron en nombre de la religión! Esto no está en armonía con las enseñanzas de Cristo, quien predicó el amor y la tolerancia, y nos alegramos de la libertad que ahora disfrutamos en España. Es una prueba de verdadera civilización, de una comprensión clara de los derechos del hombre.

UN ANIMAL INMUNDO

Por el Dr. Daniel H. Kress

No hace mucho, el gobierno de los Estados Unidos publicó una advertencia para llamar la atención a los peligros que amenazan a los consumidores de carne de cerdo. Como ella contiene explicaciones útiles para todos, la transcribimos aquí:

"Quince casos de una enfermedad de origen parasitario, conocida por el nombre de triquinosis, llegaron últimamente al conocimiento de las autoridades locales de Williamsville, estado de Nueva York, según avisos recibidos por el Depto. de Agricultura de los Estados Unidos. Estos casos, como otros que han aparecido en los Estados Unidos, se debían al consumo de carne de cerdo cruda o indebidamente cocida, infectada de parásitos llamados triquinas. Aunque ocho de las quince personas afectadas hubieron de hospitalizarse, no se han producido fallecimientos. Ello se atribuye a la pronta acción del Dr. Myson Metz, oficial sanitario de Williamsville, quien obtuvo una lista de las personas que habían comprado carne sospechosa, y aconsejó a cada una de ellas que llamase al médico en caso de que notase cualquier síntoma de enfermedad.

"La triquinosis es una enfermedad parasitaria que resulta siempre grave y a veces fatal. Es causada por muy pequeños parásitos llamados triquinas, que suelen hallarse en el cerdo y permanecen en su carne. Cuando la carne de cerdo que contiene triquinas es consumida sin ser bien cocida o preparada bajo la vigilancia experta de autoridades del gobierno, los parásitos penetran en el cuerpo y producen miles de gusanos muy pequeños, que llegan a la corriente sanguínea y son llevados a los músculos, donde se alojan en pequeños nidos en forma de limón. No se conoce cura fidedigna para esta enfermedad, y el tratamiento puede ser eficaz únicamente en los primeros momentos; pero la enfermedad puede ser evitada cocinando cabalmente la carne, lo cual mata los parásitos.

"Aunque los cálculos indican que el uno por ciento de los cerdos que se matan en los Estados Unidos está infectado, *no hay manera de determinar la presencia del parásito de los cerdos vivos. Ni tampoco es posible determinar la presencia de los parásitos en la carne en todos los casos. La carne de cerdo que contiene triquinas, puede parecer completamente sana. La necesidad de cocinar toda carne cabalmente es, por lo tanto, aparente aun cuando los animales se hayan criado en buenas condiciones sanitarias.*

"El mayor peligro de la triquinosis se manifiesta durante los meses de otoño e invierno, cuando se faenan muchos cerdos en el campo. En tales casos, la carne o los chorizos ahumados o secados, son consumidos sin ser cocidos suficientemente y familias enteras quedan a veces infectadas. En los establecimientos que funcionan bajo la vigilancia federal, ciertos productos a base de carne de cerdo son tratados especialmente para destruir las triquinas. Estos productos así tratados y la carne de cerdo que ha

sido bien cocida, se reconocen generalmente como alimentos que no necesitan causar alarma. Las personas que compran estos productos destinados a ser consumidos sin cocinarlos, debieran cerciorarse de si han sido preparados bajo la vigilancia del gobierno o bajo alguna vigilancia local igualmente competente. No logrando una información segura al respecto, no debieran consumirse productos a base de carne de cerdo sin cocerlos cabalmente."

Los parásitos se multiplican en los intestinos y, atravesando sus paredes pasan a la sangre. Luego se alojan en los músculos, produciendo síntomas similares a los del reumatismo. Existe sólo un medio de diferenciar la triquinosis del reumatismo muscular, y ello es por el examen de los tejidos. Pero esto no puede hacerse hasta después de la muerte, de aquí que un caso de triquinosis puede ser tenido por un caso rebelde de reumatismo. El reumatismo es generalmente curable, mientras que la triquinosis es una enfermedad incurable.

La triquinosis no es la única enfermedad que aflige a la familia porcina y hace su carne peligrosa. El cólera porcino es otra enfermedad que aflige a esta especie de animales, y cuando una epidemia los amenaza, es bien sabido que los criadores de cerdos se apresuran a mandar a sus animales a los mataderos. Pero, aparte de ésta y otras enfermedades que prevalecen entre los cerdos, éstos son animales inmundos.

El cerdo es por naturaleza basurero y un animal inmundo. Esto lo tiene que admitir cualquiera que conozca sus costumbres. Por eso el gran Legislador de Israel había dado a su pueblo la orden de no consumir estos animales, ni aun debían tocar sus cuerpos muertos: "De la carne de ellos no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto: tendréislos por inmundos" (Levítico 11 : 8), era la orden que había sido dada al pueblo que había recibido también la promesa: "Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envíe a los egipcios te enviaré a ti: porque yo soy Jehová tu Sanador" (Exodo 15 : 26). Aun hoy día los judíos ortodoxos evitan el consumo de carne de cerdo.

Estoy plenamente convencido de que el cáncer se debe en parte al consumo de carne de cerdo. Es desconocido en los países donde el cerdo y otras clases de carne no se consumen. La carne es de hecho el suelo más favorable para el cultivo de los gérmenes patógenos.

Y no es difícil comprender por qué el Creador había de prohibir al hombre, su obra maestra, hecha a su propia imagen, el consumo de la carne de un animal inmundo, el basurero de los basureros. Y no debe pensarse que las prohibiciones antiguas se aplicaban solamente a los israelitas, pues también en el Nuevo Testamento encontramos esta recomendación: "No toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso." (2 Corintios 6:17, 18.)

¡GUERRA AL TABACO!

Por Roberto Gërber

En España se ha aumentado el precio del tabaco. Esto ha suscitado toda clase de comentarios en muchos periódicos. Debido a este gasto suplementario, por egoísmo, hay quienes emprenden o alientan una campaña en contra del vicio de fumar. En *El Compostelano*, de Santiago, del 3 de abril 1932, hay un artículo sobre este asunto, y en él, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

"Los señores higienistas debieran aprovechar esta oportunidad para decirles a las gentes, desde las páginas de los periódicos, cuáles son los daños que causa el tabaco. He aquí una ocasión muy propicia para emprender una campaña higienizadora contra el vicio de fumar, contra la absorción habitual de la nicotina, de la que dicen los sabios que es un veneno de los más violentos."

Pues bien: nosotros hemos siempre procurado ser higienistas prácticos, y sin esperar el motivo de un aumento de precio del tabaco, hemos, en reiteradas ocasiones, señalado los daños que causa el tabaco. La ciencia nos da la razón en esto porque enumera con seguridad los muchos males que acarrea el fumar. En ocasión de la reciente alza en el precio del tabaco, los periódicos señalaron también los grandes perjuicios producidos por el uso de esta nociva planta. Escribiendo en *El Cronista*, de Málaga, del 2 de abril 1932, Federico González Rabanada dice lo siguiente:

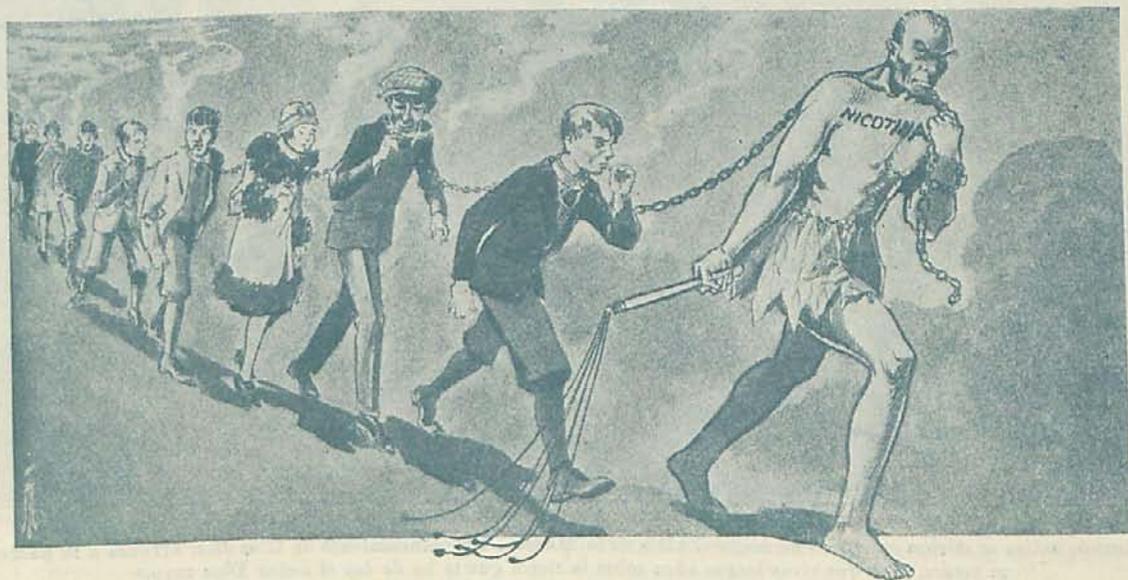
"El tabaco posee la nicotina, que es un veneno de una energía tal que fulmina el organismo a la manera del ácido prúsico. Los alcaloides que se encuentran en el humo son asimismo venenos energéticos, pero difieren de la nicotina. El tabaco ocasiona una irritabilidad narcótica, dando por resultado una especie de letargo que adormece las dotes físicas y morales; produce, además, una excitación nerviosa que influye directamente sobre las facultades intelectuales, debilitando la voluntad y el pensa-



miento; disminuye las fuerzas físicas, gastando y debilitando los órganos, entorpeciendo su acción fisiológica en las funciones que desempeñan y acortando la vida más o menos, según la naturaleza y temperamento del fumador; debilita los órganos digestivos, irrita los respiratorios, produce palpitaciones del corazón y neurosis de todas formas; predispone para contraer el asma, la tisis y otras enfermedades; trastorna y disminuye el desarrollo físico e intelectual de los jóvenes, y aun se citan casos de vértigos, de cegueras y hasta de parálisis ocasionadas por el uso del tabaco. Y no obstante todo esto, somos tan necios que seguimos fumando.

"El médico inglés Dr. Drysdale, dijo en un discurso: "Respecto a los fumadores, experimentan cuando están nerviosos una salivación abundante, náuseas, malestar, cefalalgia, vértigos y vómitos... Estos síntomas de intoxicación nicotiana desaparecen en algunos ratos para renovarse luego, aunque con menos intensidad. Los demás efectos de esta costumbre provienen de la acción mecánica ejercida por el cigarro sobre las secreciones de la boca y por la absorción del humo. En la garganta se sitúa una ligera tumefacción con inyección venenosa. La deglución de los flúidos bucales impregnados de sus principios irrita el estómago y da lugar a dolores gástricos y diarreas. La pérdida de la saliva es a veces tan notable que hace enflaquecer al fumador.

"Cuéntase que el poeta Santenil expiró por medio de violentos vómitos y de dolores atroces, oca-



El tabaco es un tirano.

sionados por un vaso de vino en el que se había mezclado un poco de tabaco de España."

Jesús Millán, en *La Libertad*, de Vitoria, del 15 de marzo 1932, habla también de la nociva acción del tabaco en los siguientes términos:

"Principalmente sobre el sistema nervioso, la nicotina actúa de muy diversos modos, produciendo la llamada "neuralgia de los fumadores" en la espalda o en la región intercostal, cosquilleo mortificante en extremo; debilita considerablemente la actividad genital, llegando a dar lugar a casos de impotencia sexual, y en las mujeres que manipulan con el tabaco en las fábricas o almacenes, abortos muy frecuentes. El peligro máximo de la nicotina es la angina de pecho.

"El papel de fumar produce el cáncer del labio inferior y de la lengua, y el uso de la pipa o boquilla causa deformaciones en los dientes.

"También la pérdida de la memoria es producida por el uso excesivo del cigarro."

Cita las siguientes frases del rey Jacobo I: "Si yo invitara al diablo a comer, le haría servir tres cosas: un poco de cerdo, una anchoa seca en un lago de mostaza y una pipa de tabaco."

El rey Jacobo reconocía, pues, que el tabaco era muy dañino, puesto que lo quería servir al diablo. Siendo así, es extraño que los hombres persistan en su uso. Deberían dejarlo por completo.

Además, este vicio no tiene nada de elegante. Refiriéndose a este aspecto del asunto, Domingo de Fuenmayor, escribiendo en *La Voz Valenciana* del 6 de abril 1932, decía lo siguiente:

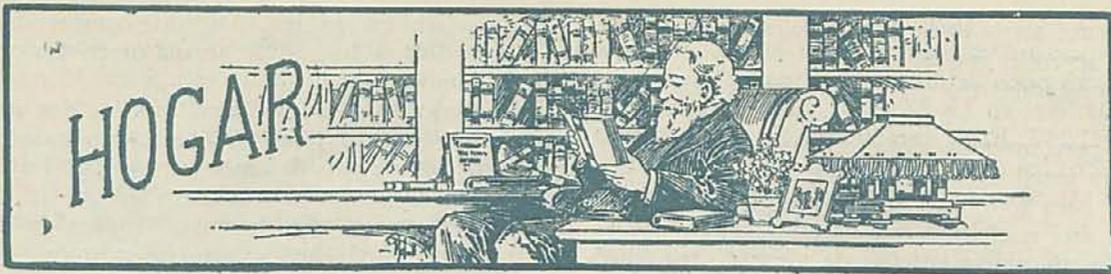
"Teóricamente, el vicio de fumar es una tontería, claro, una tremebunda estupidez. Consiste en hacer un pequeño paquetito de cierta planta seca, prenderle fuego por un extremo y aplicar el otro a la boca, para absorber el humo que por éste sale. Una majadería repetida diez, veinte, treinta, cuarenta veces a lo largo de cada jornada. Que se lo hace usted a un caballo y no resiste."

Tampoco hay que olvidar el aspecto moral de este problema. En realidad es tal vez el más importante. El uso del tabaco no sólo perjudica el cuerpo. Contamina también la parte espiritual del ser humano. Corrompe el alma. Es una costumbre pecaminosa que no agrada a Dios, quien dijo en su Palabra: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es." (1 Corintios 3:16, 17.)

Por el fumar, se viola, profana y destruye el cuerpo del cual Dios quiere hacer su templo. Y mientras se persevera en esta costumbre, Dios no puede hacer su morada en este templo contaminado. Por tanto, si queremos ser verdaderos cristianos, procurando agradar a Dios en todo, dejaremos todo uso del tabaco. ¿No es el suicidio contrario a la voluntad de Dios? Así lo pensamos los cristianos. Pues bien: tan culpable es el suicidio lento que llevan a cabo los fumadores. ¡Guerra, pues, al tabaco! Demos el ejemplo en nuestra propia vida, absteniéndonos enteramente del tabaco bajo todas sus formas.



En muchos países se celebra en el mes de mayo el «Día de la Madre». Un mandamiento de Dios dice: «Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo.»



UN BEY DE EGIPTO

Hace unos años recibí de un caballero del Oriente la petición de encargarme de la tutela de un joven egipcio, que venía a los Estados Unidos para estudiar inglés y, de paso, adquirir una educación general.

Asentí a la propuesta, en parte porque hay un encanto inefable relacionado con todos los hombres y cosas que representan los modales, las costumbres o los pueblos de los países bíblicos; y en parte porque mi pupilo era mahometano, y tenía permiso para hacer de él un buen cristiano, si podía.

Llegó, pues, mi pupilo, en un hermoso día de primavera. Cuando entré en la sala para saludarle, me encontré con un adolescente de catorce años, que en su país era ya considerado como un joven. Por un instante nos miramos el uno al otro. Luego, Abú se adelantó, y sus grandes ojos negros escrutaron los míos. Le dí un fuerte apretón de manos, pensando para mis adentros: "Buen material. Dios mediante, haré un hombre de este muchacho."

Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

El idioma materno de Abú era el árabe. En El Cairo, todos los que pertenecen a las clases superiores hablan algo de francés, y además de dicho idioma, Abú conocía unas veinticinco o treinta palabras de inglés. Y con gran aplomo me informó que lo hablaba.

Abú se sentía muy orgulloso de ser un noble, un bey de Egipto, y a menudo me lo recordaba. Sin embargo, había comido siempre con los dedos, o mejor dicho con la mano derecha, pues la mano derecha es sagrada, y ningún musulmán podría pensar en alimentarse con la zurda. El sentarse en una silla como nosotros le parecía muy fatigoso.

Para Abú, el traje ajustado, el sombrero y los guantes de cabritilla eran otras tantas abominaciones. Una sola cosa le era aún más aborrecible, a saber, un ministro del evangelio. La primera vez que le llevé al culto, me siguió por el pasillo de la capilla con el sombrero puesto. No lo noté hasta sentarme, cuando, viendo que muchas miradas se dirigían hacia mi asiento, miré a Abú. El estaba rígido en su gravedad, con la cabeza erguida y cubierta.

—Sáquese el sombrero—murmuré.

—¡No! ¡No!—me contestó en tono muy decidido.

—Pero todos lo hacen; mire en derredor suyo.
—Yo no soy un cualquiera. Soy el único bey presente.

—¿No tiene usted ningún respeto por la casa de Dios?—le pregunté en tono de reproche.

—Ustedes son los que no lo tienen. Fíjese, todos tienen el calzado puesto.

—Es nuestra costumbre. No nos quitamos el calzado.

—También es costumbre mía conservar puesto el sombrero en la mezquita.

—Abú, por favor, quítese el sombrero.

En ese momento apareció el predicador.

—¿Por él? ¿Por ese sacerdote? Nunca. Soy un bey de Egipto—y se mantenía aún más erguido, si ello fuese posible.

Puse mi mano sobre la suya y le dije:

—Sáqueselo por mí, Abú, se lo ruego.

Entonces se lo sacó, aun antes de que terminara la frase. Pero continuó explicando en enérgico susurro que no lo hacía por el sacerdote ni por la mezquita, sino por mí únicamente. Y no quería de ninguna manera parecer tomar parte en el culto, sino que, me aseguró, diría sus oraciones por su cuenta a Alá, quien perdonaría al verdadero creyente por hallarse en la mezquita de los cristianos, puesto que no lo podía evitar.

Abú adelantaba rápidamente en la lectura del inglés. Pronto puse en sus manos un ejemplar de los cuatro evangelios, sin hacer la menor referencia a su contenido. Después de un tiempo, me preguntó quién era ese Jesús de quien hablaba, y le contesté, aparentando no hacer caso del asunto, que siguiese leyendo y lo vería.

Pero un día llegó a la pregunta directa referente al Mesías: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" y a la respuesta del impetuoso Pedro, siempre en primera fila, para bien o para mal: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente."

—¡Ahí tiene!—exclamó—. Este es el libro de los cristianos—y con un ademán de ira lo arrojó sobre la mesa, mientras añadía—: No es amable de su parte, nada amable, enseñarme mediante este libro. Yo nunca le he pedido que lea mi Corán.

—No; y ¿por qué no? Me gustaría conocerlo.

—¡Nunca! ¡Nunca lo verá!—gritó con énfasis.—Es santo. Nunca lo ha contemplado el ojo de un *giaur*.

—¿Dónde lo guarda?—pregunté, para recibir por toda respuesta un encogimiento de hombros y el eterno aserto de que él era un bey de Egipto.

—Bueno, acerca de la lectura de este libro, ¿quiere usted aprender inglés?

—Consígame otro libro. Hay miles de ellos en su idioma.

—Sí, pero ninguno es tan bueno como éste.

—Para usted sí, pero no para mí.

—Sí; para todo extranjero que quiera aprender el inglés, éste es el libro que necesita.

—¿No me quiere enseñar de ningún otro libro, entonces?

—Sí, le enseñaré de otros libros. El idioma no será tan bueno; pero si usted se conforma con lo peor en vez de lo mejor, no es asunto mío.

Abú reflexionó. Ante todo, quería aprender bien el inglés. Y quería librarse de la responsabilidad que recaía sobre sí.

—Muy bien; leeré lo que usted quiera; tengo que aprender su idioma. Pero no creeré una sola palabra de ello. Usted no hará cambiar su fe a un verdadero creyente. Creeré lo que me dé la gana. Soy un bey de Egipto, y creeré lo que quiera.

—Naturalmente; cada uno debe estar convencido. Y nadie renunciará a su fe a menos que encuentre otra mejor.

—No la hay mejor—exclamó apasionadamente—; no hay otra. Alá es Dios, y Mahoma es su profeta. Alá habló a mi padre Ismael en el desierto, a Moisés, el hijo de la hija de Faraón, a Jetro, el jeque de Madián, y finalmente al profeta. Es toda la religión que provino de Dios; todo lo demás, lo habéis inventado. No proviene de Dios.

—Muy bien, Abú; no vamos a discutir. Usted cree en Mahoma, y yo creo en Jesucristo. No insulto a su profeta; usted no debe insultar al mío. Juntos leeremos sus vidas y escritos; luego podremos juzgarlos mejor a ambos. No es bueno mirar solamente un lado de cualquier asunto.

De manera que continuamos la lectura del Nuevo Testamento. Y poco a poco, pude notar que mi alumno se iba interesando en lo que leía.

La pureza de la vida del Mesías atraía ciertamente la atención del joven mahometano. Notaba también la ausencia de formas y ceremonias en la religión del Nazareno, como, además, el hecho de que no había intereses pecuniarios en la hermandad apostólica.

—No ganaban nada—dijo un día—. ¿Por qué dedicaban todos sus días al trabajo, sin recibir paga?

—Lo hacían por amor a su Maestro—repliqué.

—Parecería todo muy bueno—dijo Abú reflexivamente, aunque cerró el libro pronunciando su vieja fórmula—: Lo he leído pero no lo he creído.

Una tarde de fiesta, mientras reinaba en la casa un silencio que era como un bálsamo para mi corazón, me sorprendió una extraña melodía que provenía de la pieza de mi bey de Egipto. Al acercarme a su puerta, que estaba ligeramente entreabierta, la empujé suavemente, y pude verle entregado a su devoción. Sentado a la oriental, mirando hacia el Este, con el Corán sobre las rodillas, cantaba capi-

tulos enteros en arábigo. Así pude comprender que, en la medida de lo posible, seguía practicando su religión mahometana.

En su trato con los demás niños y los criados, era muy violento y autoritario, como buen representante de un país de amos y esclavos. Tuve bastante trabajo para hacerle entender que la tiranía no es gobierno, y que el llamar "tontos" a los demás no nos hace sabios a nosotros mismos.

El parentesco de Jesús era siempre una ofensa para Abú; porque, ¿no era acaso un judío, descendiente de Isaac, quien quitó la primogenitura a Ismael, "mi padre Ismael", como siempre lo llamaba?

Los argumentos fracasaban completamente con el joven musulmán. Así que leíamos y dejábamos que las sencillas palabras del evangelista relatasen la historia de Cristo. Sin pretender nada para Cristo, yo hablaba siempre de él como el profeta hebreo; y hacía notar a Abú, mientras proseguíamos nuestro estudio, la amplia diferencia que había entre los dos profetas, el judío y el árabe.

El bey y yo seguíamos leyendo. Sus comentarios eran muy originales. La manera en que se trató al Mesías en el pretorio le causó mucha indignación.

—Si tenía tanto poder, ¿por qué no llamó a una legión de ángeles del cielo para que le vengasen?

En cuanto al relato de la resurrección, lo rechazó con burlas. Así, entre muchas observaciones extrañas, progresó la lectura hasta que llegamos a las últimas páginas del evangelio de Lucas. El médico amado pone en su narración un matiz que hace palidecer las luces de los otros escritores. Como ellos, describe las bofetadas, los azotes, la corona de espinas, la multitud de burladores, todos los detalles de la tristísima historia; pero añade: "Y como vinieron al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha, y otro a la izquierda." Y entonces, en aquella hora suprema, mientras era presa de todas las punzantes agonías, Jesús exclamaba: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Y con esa sublime oración en los labios, entregaba su vida.

—¡Sí, es Dios!—exclamó Abú bey, con fervor—. Ningún hombre podría hacer esto.

Cuando le consideraba solamente como profeta, le tenía por hombre excelente; pero a la luz de aquella sublime oración en favor de sus matadores, dijo: "No hay otro ser que podría haber hablado así. Todos los demás se habrían vengado; pero él estaba por encima de las pasiones humanas; era a la verdad el Hijo de Dios. Mañana quiero ser bautizado en la fe cristiana. Ello me hará extraño en mi país natal, pero quiero perseverar en mi creencia de que 'Jesucristo es el Hijo de Dios' y el Salvador del mundo. No soy ya ningún bey de Egipto."

E. M. SPEDDING.

Imp. de A. Marzo.--San Hermenegildo. 32 dup.º--Madrid